

# Una tarde en el estudio del ilustre pintor Asterio Mañanós

Fué una tarde gris.

Fué en una de esas tardes entoldadas que ponen un sello de honda tristeza en el ambiente de la gran ciudad, que pugna por reír, inútilmente, en carcajadas de luminarias anémicas, en esas luces que del interior de los comercios destellan a la calle su palidez oralina como las pupilas fosforescentes de un felino agazapado.

Fué en una tarde completamente *vestida de tarde*, con ese ropaje esmirriado de la luz imprecisa y temblona que los árboles del paseo y las cornisas de los edificios recoge a hilachos.

Acabado mi yantar, salí a la rúa para dejarme envolver por la gasa sutil de las nubes, que a fuerza de acercarse a los tejares de las casas parece como si al tropezar contra ellos se rompieran en una catarata de lágrimas de nostalgia y de lágrimas de ensueño.

Era un día de primavera, y, no obstante, parecía un día hiemal, uno de esos días breves y dolientes de luz.

Al subir al tranvía en Recoletos empiezan a caer las primeras gotas.

La lluvia cuaja de brillantes perlas los anchos cristales del coche.

Y con mi cartera bajo el brazo cruzo Madrid entre la penumbra en que la gran urbe madrileña se ha envuelto y que se me antoja como una emotiva decoración norteña llevada a las bambalinas por un genial escenógrafo.

Huele a humedad la tierra.

¡Sensualidad vernal!

Atrás quedaron las blancas tiendas de campaña de la campaña en favor del libro, de esa gran feria de espíritus y de ideas, encerradas tras la reja afiligranada del plomo de las cajas o de las linotipias.

Y abocamos por barrios desérticos, por esos barrios que parecen vivir reconcentrados en la contemplación de los transeúntes que los visitan o pasan por ellos, por esos barrios donde junto a los recios sillares de alguna vieja casona surge el verdor de unas enredaderas o la nota gayá de unos claveles rojos chulapos que emergen de una maceta.

Y llego a la calle de Eloy Gonzalo, a esa

calle evocadora del popular héroe de Cascorro.

Junto al número 38 detengo mis pasos.

Dominando a Madrid como desde lo alto de un faro adosado a los acantilados de la costa, oteo las calzadas, oscuras por el diluvio de la tormenta, que rugen en truenos formidables y fulgura en relámpagos intensos.

Me encuentro en un amplísimo y suntuoso estudio, en el taller sugerente de un pintor español, en el amable rincón que eligió—y eligió bien—para su morada.

Arrellanado en un viejo sillón de severo

estilo, converso despaciosamente con el ilustre artista don Asterio Mañanós.

Su esposa, noble señora que con él supo compartir afanes y alegrías, penas y júbilos, junto al gran ventanal hace sus labores con la unción de la verdadera ama de casa, con aquella sencilla y augusta prestancia que nuestras abuelas aureolaban la rueda o prestigiaban el costurero.

Afanosa, la señora de Mañanós inclina su frente nimbada por un airón de plata sobre los dedos marfileños que dejan escurrir la aguja. Y ésta surge y se oculta, avanza y retrocede en un incesante zigzag como un rayo de plata entre las entrañas de unos cirrus grises.

El, entretanto, charla conmigo, y su conversación es lenta, suave, con ese dulzor de quien saboreó la vida en el cáliz de todas las experiencias y de todas las disciplinas del saber humano.

El genio creador sale envuelto en sus palabras, que son siempre una evocación del pasado y una sabia lección para lo porvenir.

El anciano artista, cuya figura venerable acusa sin riesgo de error la limpia estirpe de su alma, nos habla de tiempos que fueron, pero en sus palabras no hay el más leve asomo de acritud ni de censura para nadie. Diríase que caminó siempre con los ojos elevados sobre toda miseria humana. Es verdad que luchó siempre, pero bien se ve que en esa lucha sólo blandió las nobles armas de la inteligencia y del corazón.

Asterio Mañanós llevó triunfalmente su nombre por todos los ámbitos del Arte, en cuyo altar supo ofrendar las más delicadas flores que hoy a través del tiempo exhalan penetrante aroma de gloriosa exégesis.

Entre volutas de humo del cigarro, don Asterio Mañanós recita el viviente poema de su vida y de su obra, cuyas palpitaciones vibran en los cuadros que cueigan de las paredes del estudio.

Su silueta, de la que emana una austeridad venerable, *entona* admirablemente con la severa ornamentación que nos rodea.

Sobre el caballete descansa un lienzo, que es *la última palabra* del insigne artista. Una leve cortinilla lo oculta a las miradas indiscretas. Ocupado con su obra, me dice que ahora no me la muestra porque prefiere ofrecerme una grata sorpresa para más adelante.

No hemos de hacer la biografía de Asterio Mañanós, porque con insuperable acierto hace tiempo que la hizo nuestro compañero en la prensa el brillante periodista palentino Luis Arribas Fernández, pero si queremos, a falta de esto, ofrendar un esquema espiritual de su profusa obra y una sucinta impresión de su persona, porque ambas parecen confundirse en una amalgama de soberana grandeza.



El ilustre pintor D. Asterio Mañanós ha hecho un alto en su tarea. Abandona los pinceles y alejándose unos momentos del caballete, acaricia con sus manos un libro, un libro que le atrae y le subyuga, aunque él no lo precisa porque sabe leer maravillosamente el augusto libro de la vida a través del iris psicológico de su paleta emotiva y sensible; pero lee, lee al pie del retrato de su buena madre, y su lectura—ya lo veis—tiene el delicado aroma de una oración de trabajo y de austera constancia en ese trabajo que es, al fin, la oración que en el decurso de los siglos puso en cada recueta del camino la antorcha de una civilización magnífica y esplendorosa.